

## **TIEMPO DE TRANSICIÓN, DE PATRICIO PEÑALVER**

**Ana Más**

Respecto a la novela, que es al fin y al cabo el asunto mayor que hoy nos reúne, es posible que muchos de ustedes tengan ya noticia de ella porque ha venido precedida de una estrategia de difusión innovadora y muy acorde con la comunicación en red que cada día gana terreno y se impone en estos tiempos. Patricio Peñalver, emulando a los autores franceses que colocaban sus novelas por entregas a principios del siglo pasado, empezó a publicar en Facebook *Tiempo de transición* el 24 de diciembre de 2012 y terminó en junio de 2013, generando la ilusión de que estaba siendo escrita en tiempo real. Una estrategia novedosa que ha permitido que se venga hablando de ella desde hace tiempo y, por tanto, la asegure un período más amplio de actualidad. Una experiencia que según, me ha contado, fue además muy enriquecedora y le permitió recibir y percibir de manera inmediata la respuesta del público que -como tuvimos ocasión de comprobar los que le seguimos en aquella aventura- fue entusiasta y masiva, cosechando cientos y cientos de «me gusta» y numerosos comentarios entre los que mayoritariamente se alentaba a la publicación impresa. Y ya entrando en materia, permítanme que mi intervención se sustente en el análisis de dos capítulos: el primero y el cuarto; así evitamos el riesgo de que ustedes salgan de aquí sabiendo más de lo que conviene. Por otra parte, considero que entre los dos aportan las claves necesarias para interpretar y valorar el conjunto. Además, quiero adelantarles que estas páginas me han permitido establecer una profunda sintonía con el autor, que creo que será extensible para todos los que vivimos ese tiempo de transición, porque las referencias literarias, musicales e ideológicas son, en muchos casos, coincidentes; resultando además que las dosis de filosofía teórica y práctica contenidas, no pueden sino seducir a alguien que, como es mi caso, se dedica a profesar esta disciplina. La novela comienza con una metamorfosis al estilo de Kafka que desata «la tormenta interior» del protagonista, Juan, un hombre corriente con una vida que, sin embargo, no es en modo alguno insustancial o anodina, sino singular e intensa –como lo son todas y cada una de las vidas en cuanto reparamos en su carácter efímero. Y éste me parece el primer mensaje profundo de *Tiempo de transición*: la reivindicación de la microhistoria, del valor intrínseco de esos

personajes anónimos que jamás aparecen en los libros de Historia, que nunca son sus protagonistas con mayúsculas, pero que son los que realmente sufren y padecen su devenir. Juan es, pues, un hombre común que reflexiona y, como todo ser humano, trata de encontrar respuesta a las cuestiones esenciales de la vida. Podríamos decir que es un filósofo, en el sentido amplio del término, en ese sentido básico en el que todos somos filósofos. Y, de hecho, el autor le atribuye algunos de los rasgos sustantivos que, desde Aristóteles, definen la actitud filosófica, por ejemplo, la «admiración», la «capacidad de asombro» y el análisis de la realidad que realiza el protagonista desde su atalaya acristalada, desde su observatorio privilegiado, desde esa «casita con vistas» que es su quiosco en la que a veces no caben más pensamientos. «¡Ay, los pensamientos!». Y se transforma en «una caja de resonancias mágicas a punto de estallar» (p.16). Y como filósofo que es –aunque él lo ignore- se cuestiona los límites entre la apariencia y la realidad, indaga al estilo nietzscheano acerca de la influencia de los sueños y su poder de injerencia en la realidad: «Pascal tiene razón cuando afirma que, si todas las noches nos sobreviniese el mismo sueño, nos ocuparíamos tanto de él como de las cosas que vemos cada día: si un artesano estuviera seguro de soñar las doce horas de cada noche que era rey, creo, entonces», dice Pascal, «que sería casi tan dichoso como un rey que soñara todas las noches durante doce horas que es artesano». (Sobre verdad y mentira en sentido extramoral). Se atreve también, desde su admirable sencillez, a razonar sobre el amor y la muerte, a la que define como «el último acto de una sucesión de momentos que continuamente se nos escapan, algo parecido a lo podría ser una sinfonía de Mozart»... y que a la postre es «la única justificación de la existencia». Juan, como filósofo, posee dos de las virtudes que Platón consideraba fundamentales: la sabiduría y la templanza imprescindibles para orientar bien el pensamiento y regular la acción. Para completar la tríada platónica, dada su división tripartita del alma, a Juan sólo le faltaría la virtud de la «andreia», la valentía, y -no sé si por casualidad o causalidad-, unas páginas después de esta caracterización lo encontramos debatiéndose entre el coraje y el miedo, tratando de alcanzar precisamente la valentía. Y como filósofo, por último, también hace uso del diálogo, de la dialéctica y de la razón dialógica. Si el personaje resulta tan interesante es porque su historia trasciende con mucho su pura «singularidad»; desde su aparente simplicidad nos abisma en la profunda complejidad consustancial al ser humano que aflora cada vez que un conflicto nos desgarrar... Y la vida está llena de conflictos situacionales, interpersonales o intrapersonales que son, por cierto, los que más duelen y mayor frustración causan porque están originados por

nuestra propia limitación, por la incapacidad de superar antagonismos tales como pasado-presente o razón-pasión, y todos nos reconocemos en Juan cuando se debate entre estos polos antitéticos. Porque Juan es un hombre determinado por el pasado, atrapado por «ese largo túnel que siempre estaba casi a punto de abandonar pero del que nunca lograba salir». Ese pasado de guerra civil y muertos, de exilio interior y exterior, de «mutilación de la cultura» y «tristes amaneceres que despertaban a la realidad, melancólica realidad, de hambres y mentiras de los ganadores». Porque tras la guerra y el exilio sobre Juan se abatió la paz del estraperlo, las delaciones y las venganzas, la paz de los uniformes y las sotanas, esa paz de muertos, de hombres escondidos y mujeres de luto y velo. El nacionalcatolicismo lo cubrió todo con una capa monolítica, espesa, gris, asfixiante y tensa. Y Juan, preso de la memoria, ahora se siente, a ratos esperanzado con el futuro y a ratos desesperado por el presente. A Juan le acompañan en su andadura un pescador pelirrojo, su hijo Antonio, un estudiante de medicina llamado Víctor, Lola – una madre soltera que ha logrado dar a su hija una carrera universitaria- y Antoñín, el tonto del barrio («era un gran tragón como fenomenal tonto que era»). Entre todos logran diseñar una imagen bastante nítida de «La tormenta interior», leitmotiv de este capítulo, título más que interesante por la pluralidad de referencias que suscita a medida que se avanza en la lectura. Y así, si en principio «la tormenta interior» es una clara alusión al estado psicológico del protagonista tras descubrir su metamorfosis, en las páginas 14 y 15 bien puede referirse a la «tormenta interior» que sacudió nuestro país tras la muerte del dictador. Pero como la tormenta es también la protagonista ambiental de este capítulo, también sería pertinente atribuir el título al fenómeno atmosférico; hasta que, por último, se revela que «la tormenta interior» se refiere a la angustia que siente Juan ante el gran desencanto de su hijo y el de tantos otros de su generación por el cambio que pudo ser y no fue. Tal vez sea éste el segundo mensaje profundo del capítulo: la tan aclamada transición sirvió, sobre todo, para certificar la derrota definitiva de todos aquellos que vivieron y murieron defendiendo la República, que alentaron durante 40 años la lucha antifranquista «para que todo pudiera cambiar» y «veían con sus propios ojos cómo encima de no cambiar casi nada, aparecían extrañas gentes de debajo de las piedras que asumían las riendas del nuevo poder...». Patricio Peñalver propone así una profunda revisión de la célebre «transición» que se cerró completamente en falso y que supuso grandes renunciaciones. Tal es así que apenas 10 años después de iniciada conducía al llamado «desencanto», entre otras cosas, porque la realidad económica demostró ser mucho más poderosa e influyente que la «acción

política». Lo cual aconsejaría que abordásemos en serio los problemas reales de la democracia, que lejos de ser un modelo conquistado de una vez para siempre, debiera ser ampliada y mejorada para que entre sus grietas e intersticios no queden impunes tantas y tantas injusticias y se vayan cometiendo otras. Como ven, no faltan interesantes asuntos de fondo que animen a la lectura de la novela; tampoco son menores los recursos estilísticos que se ponen en juego. Para que puedan calibrar por sí mismos su fuerza expresiva, me parece oportuno presentarles algunos de estos sugerentes hallazgos -inevitablemente descontextualizados: En la página 11 se describe al pescador pelirrojo «con su sonrisa de vida eterna», y en la misma página, sólo unas líneas después, encontramos una imagen poderosa lograda por contraposición que explica cómo logró la Sra. Lola –recordemos, madre soltera- pagarle a su hija una carrera universitaria: «Limpiando todas las escaleras que se podían construir hasta llegar al cielo, a un precio de infierno». También las descripciones de los espacios y fenómenos físicos tienen una tremenda fuerza, y así se anuncia que el día empezaba a ponerse «para perros callejeros», pero el registro cambia hacia la ternura para hablar de Antoñín, el tonto del Barrio, porque a él el quiosquero «le contaba aventuras de puro ensueño», o acierta a mostrar la congoja que produce saberse en conflicto y «encontrase con el mismo traje y dos mentalidades». También demuestra Patricio Peñalver su habilidad para evocar emociones con imaginativas propuestas retóricas: «terribles sueños de invierno», «sueño de gaviota desorientada», «guardaban ese preciso silencio, casi de perfecta nota musical». Por último, dos perlas literarias que tienen por sí mismas la consistencia de un aforismo y que revelan esa inusual capacidad de decir mucho en apenas un par de líneas: -«lo importante y nada fácil era saber aguardar, lo demás, arte sin tiempo». -«Se quedaron de nuevo solos. Con una soledad de recién nacidos». Y junto al fondo y la forma, también es importante en esta novela el trasfondo, que no es otro que la ciudad de Murcia, «un lugar en el que las cosas de Madrid siempre llegaban demasiado tarde», en el que «hacía ocho meses que no llovía» y se sacaba a procesionar a la Fuensanta para pedir agua (¿para todos?). Una ciudad en la que todavía se aspiraba el aroma del café recién molido, se vendían tacos de regaliz en los quioscos, se seguía al Real Madrid o al Barça y en la que sucesos como el de la extraña muerte del carnicero eran fuente inagotable de rumores y maledicciones en el barrio durante días. Y conforman también el paisaje de esta novela las referencias literarias que muestran el amplio bagaje cultural de su autor, un lector de exquisito gusto y que -sólo en este primer capítulo- van desde el Ulises de Homero o la Antígona de Sófocles, pasando por El Quijote o La paradoja

del comediante de Diderot, para terminar con «El país azul» de Marcel Schwob o «El momento de la sensación verdadera» de Peter Handke. Y junto a estas referencias explícitas he creído encontrar otras más sutiles. Por ejemplo, no he podido evitar la tentación de pensar que la expresión elegida para describir el lugar de trabajo del protagonista «una casa con vistas» tal vez escondiera un guiño a la deliciosa novela de 1908 de E. M. Foster «Una habitación con vistas», o que el mensaje de Juan Salvador gaviota esté latente en alguna de las reflexiones sobre la libertad que encontramos en estas páginas en boca del pescador pelirrojo. Y ese paisaje se entreteje también con versículos bíblicos o coránicos y múltiples referencias musicales o cinematográficas de las que está salpicada la novela. Y forma parte dolorosa también del contexto de esta novela el machismo explícito de la época o la crueldad descarnada contra los animales, fenómenos que todavía no se consideraban «políticamente incorrectos» sino que gozaban de carta de naturaleza y total impunidad. La violencia contra la mujer era un elemento más del paisaje, tan común y cotidiano, que apenas se reparaba en él y que se aprecia en frases aparentemente triviales como «Tu padre te lo va a decir» (p.13), que a poco que se reflexione deja bien a las claras la posición subordinada de la mujer en aquel contexto familiar. U otras más contundentes como «la pobre viuda dejaría de soportar las ruidosas palizas» (18), que esconde una concepción perversa de la violencia de género que ha justificado durante siglos el maltrato a la mujer: la idea todavía vigente en los 80 de que se trataba de una cuestión privada, aquello de «los trapos sucios se lavan en casa» y que dejaba a las mujeres completamente indefensas y doblemente victimizadas; en primer lugar, por el maltratador y, en segundo lugar, por una sociedad que hacía oídos sordos a su tragedia. En este sentido, es indudable el camino recorrido y debemos felicitarnos por ello al tiempo que continuamos defendiendo con uñas y dientes cada uno de los derechos conquistados por las mujeres en los últimos decenios y que ahora están en peligro simplemente porque estamos en manos de un gobierno que pretende trasladar al ámbito público —ése que sólo debe estar regido por la racionalidad y el consenso- creencias privadas pertenecientes a una moral religiosa concreta, perfectamente respetables para el creyente, pero absurdas e inválidas como imperativos legales. También hemos avanzado mucho en la protección y defensa de los derechos de los animales y, afortunadamente, ya no es un juego habitual entre los niños «correr gatos a pedradas», «ni cazar perros», como todavía sucede en «Tiempo de transición». Y el lector que peine canas recordará, seguramente con una sonrisa, aquel viaje iniciático cuasi obligado en la época que era el de «Bajarse al moro», y que

también recrea con detalle y humor esta novela. Por lo demás, el narrador omnisciente que dirige el relato en su fecha de redacción, sufre algunas injerencias que el autor, al preparar la publicación, no ha podido ni querido evitar. Y así, desde la ventaja histórica que otorga valorar lo escrito en el pasado desde el conocimiento presente, introduce algunos comentarios socarrones y ácidos sobre lo que pudo ser y no fue, y sobre lo errado de algunas de nuestras esperanzas de entonces. Por cierto, si hay un elemento que no ha envejecido bien y que denota claramente que entre la fecha de redacción y la fecha de publicación han pasado muchas cosas –algunas impensables– es el cambio referencial del término «gaviota». En esta novela la gaviota, como lo era en el 82, todavía es símbolo de juventud, inocencia y libertad; hoy lamentablemente es símbolo de decadencia, corrupción e indecencia. No quisiera terminar sin hacer una breve referencia al capítulo 4º titulado «La locura de tu amor y el mío aguardando o nunca hubo más días de fiesta mayor». Se trata de un delicioso relato que en muchos sentidos se puede considerar independiente del resto de la novela porque en él todo es diferente. El narrador omnisciente en 3ª persona desaparece y toma el relevo una narradora que, en primera persona, desgranara en un tono intimista su biografía sentimental. El contexto sigue jugando un papel fundamental pero esta vez para repasar todo el rosario de prejuicios con los que «unos enfermos tejedores de telarañas» –que diría de nuevo Nietzsche– predicando la «castidad y la pureza», criminalizando la sexualidad no reproductiva y atribuyendo –en cualquier caso– a la mujer un rol meramente pasivo arrebataron, a muchos hombres, pero especialmente a muchas mujeres, una importante parte del placer de la vida. Me ha parecido un capítulo especialmente intenso porque se repasan muchas de las variantes de las relaciones de pareja y sus motivos: deseo, amor, compromiso, conveniencia. Y así somos espectadores del triunfo del «amor platónico» –que precisamente por no tener ocasión jamás de ser se convierte en ideal; del fracaso de los «amores no correspondidos», de lo estimulante de los «amores prohibidos», lo triste de los «amores de conveniencia» y el firme valor del compromiso. Y todo ello de la mano de «una tía solterona», una adjetivación que por sí misma ya remite a ese mundo en el que el único camino apropiado para una mujer era el matrimonio. Y con esto cierro mi turno, agradeciendo a Patricio Peñalver el encargo de esta presentación y cediéndole la palabra para que él nos cuente con más detalle cuantos asuntos considere pertinentes respecto al azaroso devenir de esta publicación.